

Gades, el escenario

IV Festival Iberoamericano de Teatro

En Cádiz no existen los reflejos. La sinceridad de sus imágenes no admite contrapartida alguna, ni centelleos falsos, ni ilusiones altivas, ni espejismos trucados. Su verdad (nos apasione o nos perturbe) se impone a la sensibilidad del viajero con un criterio duro, acerado y cortante. Inclusive el mar, impulsado por las manos del Levante, confirma a cada ola su intraducible *poderío*.

Así ocurre también con sus diversos mundos, el nuevo y el viejo, contrariamente delimitados por una muralla, pero que, sin embargo, entremezclan su trasiego diario a través de dos grandes ojos abiertos. Arterias anchas o mínimas por las que circula el intenso, callado bullicio; grúas que sacuden el cielo o manos diestras que ensartan el anzuelo y tejen la red; casas opulentas o patios míseros donde se escupen y embadurnan los niños; iglesias vacías con vírgenes, cristos, santos, amuletos, o disco-pubs abarrotados de manos tras el fervor de una caricia. Ni siquiera nos engaña el aire. Olor a «pescaíto» frito, a fino La Ina, a piedra mohosa, a algas, sal o jazmines, que anula los perfumes más embaucadores pegándose a la piel.

Y sobre todo la gente, gente de mil colores distintos, de mil perfiles distintos, varones y hembras, ancianos y «sarasas» sucumbiendo por las calles, en las tabernas, en las cafeterías, quemada por el sol o la sombra, desparramada en los comercios, en las plazas, en el puerto, frenética u ociosa pero sabiendo siempre, siempre, a dónde ir.

Por cuarta vez consecutiva, éste ha sido el marco que ha acogido a los navegantes del otro lado del Atlántico. Como una réplica a aquella conquista por las armas (la anécdota, aunque tópico, nos resultó incluso a nosotros ineludible), el Festival Iberoamericano de Teatro asalta la ciudad, durante algo más de una semana, cada octubre, con imaginación, visiones íntimas, trágicas o risas deslumbrantes.

De Juan Margallo, director español responsable de la aventura, y unos cuantos teatristas conjurados partió la idea, hace ya varios años, de encontrar una fórmula real que favoreciese el intercambio entre las diversas dramaturgias existentes en la península y en el continente latinoamericano. Había precedentes. Encuentros como los de Manisales, Caracas, o los esporádicos de La Habana, Buenos Aires, Montevideo, cuando la situación política lo permitía, no sólo son un hito en la historia del teatro latinoamericano sino que sirvieron de receptáculo a muchos grupos españoles en los años 60 y 70. El Festival de Otoño de Madrid (por citar el más cuantioso) apenas si daba cabida a otros elencos que



Teatro Circular de Montevideo (Uruguay): *El coronel no tiene quien le escriba*